3969

[illegible]

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/empeosdeunavenga2047garc

EMPEÑOS DE UNA VENGANZA.

DRAMA ORIGINAL,

EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Su autor

Don Antonio García Gutierrez.

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Setiembre de 1844.

PERSONAS.

DON DIEGO.
DON JUAN.
DON FERNANDO, *bajo el nombre de* DON FELIX.
DOÑA LEONOR, *esposa de don Diego.*
DOÑA ISABEL, *su hija.*
BEATRIZ, *dueña.*
HERNANDO, *antiguo criado de don Diego.*
FORTUN. } *Criados de don Fernando.*
NUÑO. . . }

CRIADOS DE DON DIEGO Y PAGES.

La accion pasa en el reinado de Felipe III.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

Sala de un piso bajo en la casa de don Diego, con puertas laterales, sillones, tocador, tapices y demas muebles al estilo de la época. En el fondo una puerta que da á un jardin.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO. HERNANDO. FORTUN.

Diego. Tomad: ahí teneis firmado,
valiente Aben-Zaide, el pliego,
y decid á Aben-Humeya
que lo que escrito prometo,
mejor sabré sustentarlo
en el campo con mi acero.
Levantemos el pendon
en la Alpujarra, y venguemos
de una vez tantas afrentas
que hoy oprimen nuestro cuello.

Fortun. Lealtad tan acendrada
y tan decidido esfuerzo
premiados serán.

Diego. El noble
no busca merecimientos,
y si obra como quien es
sus acciones son su premio.

Fortun. Sois, Almanzor, de lealtad
y desinteres modelo.

612407

Corro á ver á Aben-Humeya,
y Alá os guarde, porque debo
emplear en su servicio
los instantes que ahora pierdo.
Pero antes quisiera yo
para muestra de mi afecto
que vuestras canas debieran
á mi esperiencia un consejo.

Diego. ¿Cuál es? decid.

Fortun. No vayais
á la ciudad, que me temo
que han de recelar de vos...

Diego. Vuestra instancia os agradezco;
mas conjurar he sabido
toda tempestad á tiempo,
fingiendo ceder la mano
de mi hija á un caballero
protegido del monarca.

Fortun. Mas... no lo hareis.

Diego. ¡Por supuesto!
las esperanzas del jóven,
sin consentir, entretengo.
Además, en esta quinta
vivo retirado, y pienso
que en ella podré evitar
cualquier imprevisto riesgo.

Fortun. Debeis de vuestros criados
recelaros en estremo.

Diego. Nada temais: solo Hernando
conoce nuestros intentos:
es leal, y yo respondo
que sabrá guardar silencio.

Fortun. Veo que vuestra prudencia
iguala á vuestro denuedo.
Que os guarde Alá.

Diego. Permitid
que os acompañe.

Fortun. Yo os ruego...

Diego. Es mi obligacion, Ben-Zaide.

Fortun. Si vos lo quereis, consiento.

Diego. Hernando, espérame aqui:
tengo que hablarte en secreto.

ESCENA II.

HERNANDO, *solo.*

Lléveme Dios, si fiara
en lugar de mi señor
de ese moro. De traidor
tiene, y de infame, la cara.
Mas me guardaré muy bien
de mostrarle mis recelos
mientras no quieran los cielos
que mas probados esten.
Pero si infundados son,
mayor desdicha preveo:
ello es en fin que no veo
descanso ni salvacion.
Vivos en nuestras entrañas
hondos y antiguos rencores,
van ya nuestros atambores
á despertar las montañas.
A muerte ó vida otra vez
libres ya, y otra vez hombres
cobraremos nuestros nombres
con heróica intrepidez.

ESCENA III.

DICHO. DON DIEGO.

Diego. ¿Hernando?
Hern. Zaide, señor.
Diego. No, no es tiempo todavía,
y hasta que llegue ese dia
de prueba á nuestro valor,
Hernándo te has de llamar.
Hern. ¿Qué me quereis?
Diego. De tu fé,
Hernando, nunca dudé.
Hern. Fuera á mi afecto agraviar.
Diego. Por eso en tal confianza
de tu lealtad me prometo
que callarás un secreto,

y tal vez... una venganza.

Hern. Me admirais, señor.

Diego. Veinte años
hace que á Leonor unido
presa infeliz he vivido
de mil tormentos estraños.
¡Leonor! —¡Oh! tan solo á ti,
antiguo y fiel servidor,
este espantoso dolor
te comunicara asi.
Leonor, á quien adora
mi corazon, sumergida
siempre en pesar y afligida,
ocultas lágrimas llora.
Y me importa conocer
cuando de casa me ausento,
si es de mi honor en descuento
la pena de mi muger.
Que poco sirve que yo
conquiste nuevos blasones,
si ella con bajas traiciones
los ganados marchitó.

Hern. ¿Pero cómo he de indagar...

Diego. Si has de lograrlo feliz,
solamente por Beatriz,
Hernando, lo has de lograr.

Hern. Mi fé á serviros se obliga;
pero si la dueña ignora...

Diego. Siempre ella de su señora
fue mas que criada, amiga.
Y sospecho sin error
de tan grande intimidad,
que ha de saber la verdad
del pesar que Leonor
ocultar de mí pretende.
En vano esposo y amante
he procurado constante
saber qué pena la ofende.
Siempre la razon desvía,
y si veinte años sufrí,
fue ¡ay Dios! porque la creí
natural melancolía.

Mas tanto crece el dolor
dentro en mi pecho encerrado,
que ya da á mi amor cuidado
y recelos á mi honor.
Tiempo es ya de conocer
secreto que tanto pesa:
esto, Hernando, me interesa.

Hern. Señor, y á mí obedecer.

Diego. Y callar.

Hern. Muda es mi lengua.

Diego. Séalo por tu ventura,
que no estuviera segura
si se moviera en mi mengua.
¡A Dios!

ESCENA IV.

HERNANDO. *Luego* BEATRIZ.

Hern. No creo que será
inútil nuestro cuidado,
pues la fortuna ha empezado
á favorecernos ya.
Ella es.

Beat. ¿Estabais aqui? (*Quiere volverse.*)

Hern. ¡No os vais, Beatriz! ¿Soy yo causa...

Beat. ¡Oh! ¡cómo sois tan amable!

Hern. Me juzgais mal, dueña honrada.
Yo soy alajú y manteca
desde el corazon al alma.

Beat. ¡Jesus! ¡Jesus! vos teneis
una dulzura que espanta.
Y hoy, vamos... no es de los dias
que digamos...

Hern. ¡Vaya en gracia!
Vos juzgais por la corteza;
pero... todo ello no es nada.
Yo soy humano, y sensible
de la hermosura á las gracias.

Beat. ¿Quién lo dijera?

Hern. ¿Os admira
lo que os digo?

Beat. Y aun me agravia.
Hern. Y á no ser por vos, qué mal
mi triste vida arrastrara
en esta apartada quinta,
siempre triste y solitaria.
Beat. ¡Oh! y quién en su soledad
por su ventura encontrara...
Hern. ¡Ay, Beatriz!
Beat. ¡Ay, seor Hernando,
que es su merced linda maula!
Hern. Por fin... Dios os dé marido
y lo que os haga mas falta.
Beat. ¡Ay! dos demandas parecen,
y una sola es la demanda.
Hern. ¿Con que quereis boda?
Beat. Al cabo,
yo soy de tan buena pasta
como la mejor.
Hern. ¡Se entiende!
Beat. Y tengo mi alma en mi palma.
Hern. Y un corazon...
Beat. Todo almivar.
Hern. Y un palmito...
Beat. Todo pascuas.
Hern. Y como pronto habrá boda
en la quinta...
Beat. Se mataban
dos pájaros... ¿lo entendeis?
Hern. ¡Sí! (¡No eres tú mala pájara!)
Con que... ya sabreis que el conde
llega á la quinta mañana.
Beat. ¿Con qué intento?
Hern. No lo sé:
tal vez las bodas prepara
don Diego, y quiere que aqui
sin escándalo se hagan.
Beat. ¡Raro capricho! presagio
mal de este enlace.
Hern. ¿Y qué halla
en él de malo Beatriz?
Beat. El novio me desagrada.
Hern. Injusta sois por demas.

Nadie en la corte aventaja
á don Juan, que es el modelo
de la bizarría y gala.

Beat. Pero su prosapia oscura...

Hern. ¿Qué la importa su prosapia?

Beat. Ya... pero...

Hern. Deje de hacer
dengues á la sangre hidalga
del conde, pues por mi vida
no es ella la que se casa.

Beat. A mi pesar.

Hern. Y Leonor
tanto en ella no mirara
como vos.

Beat. Pues yo presumo
que el tal novio no le agrada.

Hern. ¡Oiga!

Beat. ¿No habeis reparado
en su tristeza?

Hern. Es estraña,
pero...

Beat. Niña que se aflige
cuando á los quince la casan,
no es muy de su gusto el novio.
Si de cuarenta pasara...

Hern. ¡Como vos...!

Beat. ¡Oh! no andaria
con repulgos de empanada.
Nada, marido, marido,
y aunque tuviera mas tachas
que el caballo de Gonela,
que era *tantum pellis*...

Hern. ¡Anda!

Beat. Y aunque parezca un Neron...

Hern. (Esta bruja me retrata.)

Beat. Nada, ¡lo dicho! ¡marido!

Hern. ¡Pero Isabel...!

Beat. ¡Insensata!
no sabe que es la hermosura
flor que se marchita y pasa.

Hern. ¡Bien lo veo! pero acaso
no es la verdadera causa

de su pesar el amor.

Beat. ¿Encuentra alguna mas clara?

Hern. No... ciertamente, ninguna;
pero... esa tristeza vaga
que siempre anubla sus ojos...
¡es raro! tambien se halla
en doña Leonor su madre.

Beat. ¿Y qué consecuencia saca...

Hern. Siempre juzgué que uno mismo
el pesar fuera de entrambas.

Beat. (Malicioso está.) Jamas
á mi el corazon me engaña.
Amor es, y solo amor,
de su tristeza la causa.

Hern. ¿La causa de la tristeza
de doña Leonor?

Beat. ¡Qué osada
presuncion...!

Hern. Vos lo habeis dicho.

Beat. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡qué maraña!
¡Hernando!

Hern. Y una pasion
cuando en el alma se arraiga...

Beat. (¡Si sabrá...!) Es verdad: lo mismo
he pensado yo, y no bastan
obstáculos ni peligros...

Hern. Es cierto.

Beat. Nada contrasta
un amor alimentado
en la edad de nuestra infancia.

Hern. (Desde la infancia.)

Beat. No es esto
decir...

Hern. No, no... cosa es clara.
Revelarme á mí un secreto
que ya sé, no es decir nada.

Beat. ¿Con que sabèis...

Hern. ¡Huy!

Beat. ¿Mas cuándo?

Hern. ¡Años han pasado!

Beat. ¡Vaya!
¿Y le conocísteis?

Hern. Mucho.
Era antiguo camarada
de un amo que Dios me dió...
Beat. ¡Pobre don Felix! mi ama
le lloró mucho...
Hern. Y le llora.
Beat. Una pasion acendrada...
Hern. Y perderle asi...
Beat. ¡Tan lejos...!
¡Su inclinacion á las armas...!
Hern. En Flandes...
Beat. No...
Hern. ¿No fue en Flandes?
Tengo la memoria flaca.
Beat. Allá en el golfo de Méjico
naufragó en una fragata
del rey. ¡Infeliz!
Hern. Ya cerca
del puerto... ¡es pesada chanza!
Ir á conquistar fortuna,
ver cerca la tierra ansiada,
asirla ya con las manos...
Beat. ¡Hernando! ¡que lo enmaraña!
Si venia el buen don Felix
con dos mil barras de plata...
Hern. A casarse.
Beat. ¡No, buen hombre!
casado con otra dama.
Hern. (Lo mejor será callar.)
Beat. Alguno en el jardin anda.
¡Cielos! un hombre embozado
se entra hasta aqui.
Hern. ¿Hay tal audacia?

ESCENA V.

DICHOS. DON FERNANDO, *embozado, entra por el jardin.*

Fer. (No está sola.)
Hern. Caballero,
¿cómo os atreveis á entrar
tan atrevido y grosero...?

Fer. Hablar con la dueña quiero:
podeis luego despejar.
Hern. ¡Yo! ¡vive Dios...!
Beat. Tal ultrage...
¿Quién sois?
Fer. Preguntas acorte.
Salid al momento, page.
Hern. Yo...
Beat. Salid: tal vez importe.
Hern. (¡Misterioso personage!)

ESCENA VI.

DON FERNANDO. BEATRIZ.

Fer. ¿Me conoceis, Beatriz?
Beat. Esa voz... ese ademan...
Fer. Son tal vez de don Fernando...
Beat. ¡Oh! ¡justicia celestial!
Fer. No soy sombra ni fantasma.
Beat. No me canso de admirar...
¿Con que fue falsa la nueva
de vuestra muerte fatal
en el golfo mejicano?
Fer. En las entrañas del mar
quedó Felix sepultado,
que en aquel trance fatal
muy pocos lograr pudimos
la triste vida salvar.
Beat. Corro á decir á Leonor
que vivís aun.
Fer. Temblad
si tal la decís: yo quiero
que no lo sepa jamas.
Beat. ¿Estais loco?
Fer. No replique.
Beat. Pero entonces, ¿qué buscais
en esta casa?
Fer. Una hija
tiene Leonor. Dime, ¿está
lejos de aqui su aposento?
Beat. ¿Qué pretendeis?

Fer. Quiero hablar
solo un instante con ella.
Beat. ¿Qué decís? eso, jamas.
Fer. Hacedlo, Beatriz.
Beat. ¿Y cómo
quereis en su cuarto entrar
sin que os vean?
Fer. No está lejos
del vuestro.
Beat. Os juro...
Fer. Es verdad.
En él oculto, bien puedo
hasta la noche esperar.
Beat. ¿Mas no habrá otro medio?
Fer. No,
y es inútil replicar.
Beat. Venid; mas... ¡Dios me perdone!
¡Ellas vienen! despejad.
Fer. ¿No hay donde esconderme?
Beat. Aqui.
Fer. ¡Cuenta, Beatriz, con hablar!

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR. DOÑA ISABEL.

Leonor. ¡Siempre llorando!
Isabel. ¡Señora!
¡dejadme!
Leonor. ¿Te turbo tanto?
Isabel. No, madre.
Leonor. Mi Isabel llora,
es hija, y su madre ignora
la causa de su quebranto.
Pesar de tanto rigor
que solo en la muerte alcanza
un alivio á su dolor,
solo puede ser amor,
y un amor sin esperanza.
Isabel. ¡Madre!
Leonor. ¡No lo digas, no,
Isabel! es escusado,

porque lo sé muy bien yo.
No há mucho que mi cuidado
tu secreto sorprendió.
Anoche, en la confusion
de tu sueño inquieto y frio,
pronunciaste con pasión
un nombre...

Isabel. ¡Un nombre! ¡Dios mio!

Leonor. ¡Carlos!

Isabel. ¡Oh madre! perdon.

Leonor. En vano encubres tu afan;
tus sueños dicen que amas,
y el nombre de ese galan,
el mismo es del capitan
que te libró de las llamas.

Isabel. ¡Perdon, madre mia!

Leonor. ¿Di
si me engañé?

Isabel. ¡Triste suerte!
Le amo: ¿á qué negarlo? sí.
¡Ah! no me mireis asi,
me dais, señora, la muerte.
Sé que del hado el rigor
á ser de otro me condena,
y que pronto en mi dolor
no podré sentir mi pena
sin agravio de mi honor.

Leonor. Isabel, tal frenesí,
tanta pasion me da enojos.

Isabel. Dejad, señora, que asi
den testimonios mis ojos
de la dicha que perdi.

Leonor. ¡Infeliz!

Isabel. ¿No es muy horrible
respirar vida y salud,
esperanza y juventud,
y solo encontrar posible
la dicha en el ataud?
¿Os duele mi desventura?
¡Ah! sí, con placer lo veo:
vuestra maternal ternura
mi pena aliviar procura

como el último deseo.
Nadie mas que vos sabrá
el afan que me devora;
y cuando llegue una hora
que miro próxima ya,
solamente vos, señora,
comprendereis el dolor
con que se arranca á mi amor
aquel juramento impío.

Leonor. ¡Ah! ¡nunca, nunca! ¡qué horror!
(¡Oh! ¡qué recuerdo, Dios mio!
¡No puedo mas!)

Isabel. El color
huye de vuestro semblante,
trémula estais y turbada.
¿Qué teneis?

Leonor. ¿Yo? ¡nada...! ¡nada...!
Déjame sola un instante.

Isabel. ¡Oh! perdonad, madre amada,
si mi amor...

Leonor. Le compadezco,
y mi proteccion te ofrezco.
Luego hablaremos las dos.
Retírate ya.

Isabel. Obedezco.
A Dios, madre mia.

Leonor. ¡A Dios!

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR. DON FERNANDO.

Fer. Está sola. — ¡Mi bien, Isabel mia!

Leonor. ¡Cielos! ¡un hombre aqui!

Fer. (¡Fatal encuentro!
¡Es su madre! ¿qué haré?)

Leonor. ¿Cómo atrevido
osais aqui llegar?

Fer. (Disimulemos.
Turbado estoy.) Señora...

Leonor. Mas ¿qué miro?
Esa voz me recuerda, y ese aspecto...

¡Es posible! ¡Gran Dios! ¿será una sombra?
¡Fernando!

Fer. ¡Sí, Leonor!

Leonor. ¡Él es! ¡teneos!
¡Horrible idea! ¿vos en este sitio?
Turbado al verme, pronunciando tierno
un nombre... ¡el de Isabel! ¡Dios poderoso!
Vos sois... ¡horror! ¡horror! ¡todo lo veo!

Fer. ¡Ah! yo os juro, Leonor...

Leonor. Sellad el labio.
No añadais el perjurio á vuestro yerro.
Vos sois quien bajo el nombre de don Carlos
la libró en Burgos de inminente riesgo.

Fer. Pues bien, ¿á qué negarlo? la fortuna
guió mi planta allí, cuando el convento
envuelto en humo y devorante llama
era ya presa del voraz incendio.
Yo su vida salvé, y el amor suyo...

Leonor. ¡Y me lo osais decir, hombre perverso!
¡Vos mereceis su amor! ¿no os ha debido
la triste madre ya tantos tormentos
como son los instantes de mi vida?

Fer. ¡Oh! cómo despertais esos recuerdos.

Leonor. ¡Vos me arrancásteis á mi amor!

Fer. ¿Perdido
en el horrendo abismo dé mis celos,
queriais que tranquilo os contemplara
venturosa y feliz con otro dueño?
Sí, le engañé, creyó el desventurado
vuestra infidelidad, y el mar inmenso
burlando vuestras locas esperanzas
os separó.

Leonor. Sí, sí...

Fer. ¡Seguíle á Méjico!
Cuando ricos y alegres ya tornábamos
de nuestra infancia al deseado suelo,
el mar tragó nuestra fortuna, y pocos
salvar la vida en la ocasion pudieron.
Allí Felix murió.

Leonor. ¿Y en fin?

Fer. Tan solo
sus papeles salvé.

Leonor. ¡Sagrados cielos!
Fer. Y ahora, ¿me rechazais?
Leonor. Mas que nunca.
Fer. Contemplad, Leonor, que estoy resuelto.
Leonor. Yo arrancaré la máscara que cubre
vuestra infame traicion: si algun afecto
abriga para vos mi Isabel triste,
rencor será de hoy mas, y menosprecio.
Sí, todo lo sabrá.
Fer. ¿Y habeis pensado
que tambien, imitando vuestro ejemplo,
puedo yo al hombre que llamais esposo
de su deshonra descorrer el velo?
Leonor. ¡Monstruo! ¿sereis capaz...?
Fer. ¿Sabeis que acaso
perder tambien á vuestro esposo puedo?
Ved esta firma, ved, contra Felipe
conspira...
Leonor. ¿Y vos...
Fer. En mi poder la tengo.
Leonor. ¡Ah! Fernando, piedad.
Fer. Y ved, señora,
que la vida y honor le va á don Diego,
y su honor vengaré. Lo que os aguarda
no es solo la deshonra.
Leonor. ¡Oh Dios! ¡silencio!
Fer. ¿Qué decidís, Leonor?
Leonor. Es imposible
que seais tan cruel.—Yo nada temo:
cólera y amenazas son en vano;
mi vergonzoso amor es un secreto.
Fer. Cuando vuestro hijo, en los floridos años
de ardiente juventud, con alto esfuerzo
lanzóse al mundo por buscar un nombre
que le negaron los que el ser le dieron,
cuando huyó abandonando su destino
sin que se sepa hasta hoy su paradero,
á Felix escribísteis desolada
demandando por él.
Leonor. ¡Es cierto! ¡es cierto!
Fer. Pero orgullosa siempre, aquellas cartas
le suplicábais las echase al fuego.

¿Os acordais, señora?

Leonor. (Soy perdida.)

¿Y lo hizo asi?

Fer. Le aconsejé no hacerlo.

Leonor. Mas las perdió en el mar.

Fer. No lo acertásteis.

Leonor. ¡Piedad de mí, piedad! (¡Qué horrible sueño!)

Fer. ¿Será mia Isabel?

Leonor. Jamas.

Fer. Entonces
pronto estarán en manos de don Diego.

Leonor. ¡Ah! ¡esperad! ¡esperad!

Fer. ¡Pronto, señora!
esto debe acabar.

Leonor. Pero á lo menos
un plazo, un breve instante, un solo dia...

Fer. Pues bien, señora, hasta mañana espero.
Sola os voy á dejar. Hasta mañana. (*Vase.*)

Leonor. ¡Ah! no mata el dolor, pues yo no muero.
(*Se deja caer en un sillon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Sala en casa de don Diego. Puerta grande en el fondo, dos pequeñas á la izquierda y otra á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON FERNANDO, *por la puerta del fondo, hablando con* FORTUN. DOÑA ISABEL, *sentada á la izquierda del espectador y sumamente abatida.*

Fer. ¿Llegó el preso á Madrid?
Fortun. Como mandásteis
le dejé en el camino con la gente
que le aguardaba, y á buscaros vuelvo.
Fer. Muy bien: dispon que nadie aqui se acerque.
(*Dirigiéndose á doña Isabel.*)
Perdonadme, Isabel, si mi presencia
y mi importuno ruego osados vuelven
á enojaros tal vez.
Isabel. ¡Qué mal concuerdan
con tu maldad y atrevimiento, aleves,
el tono humilde y respetuoso acento
que hipócrita y traidor tu labio miente!
El que osa provocar de un triste anciano
el ofendido honor para perderle;
el que vil, descortés, mal caballero,
atropella el respeto á dos mugeres,
cobarde las oprime, y aun se burla
de su dolor, y á su virtud se atreve,

ese cuando se humilla mas, ultraja;
cuando ama, insulta; y cuando ruega, ofende.

Fer. Pues bien, despréciame, porque tú solo
con mi funesto amor logras vencerme,
y porque á la traicion, á la venganza
y al crimen mismo mi pasion me impele.
Sin embargo, ¡Isabel! dueño absoluto
soy de tu honor y vida: nadie puede
disputármelos ya: lo que no el ruego
la fuerza y el rigor logran á veces.

Isabel. ¿Sereis capaz...

Fer. ¡No, nunca...! tus virtudes
de mi amor, de mi mismo te defienden.
No temas, Isabel, que delirante
manche ni empañe tu candor celeste:
para todos altivo, inexorable,
solamente á tu amor mi pecho cede.

Isabel. ¡Basta! ¡basta! ¡no pienses engañarme
con apariencia vil, astuta sierpe!
Es tanta tu perfidia, que en tu boca
aun la virtud horrible me parece.

Fer. ¿Con que ni mi pasion ni mi respeto
á tu perdido amor volverme pueden?
¿Ni mis tormentos ni mi afan horrible
tu duro pecho á compasion conmueven?
Pues bien; me vengaré; ¿pero que digo?
loco estoy; mas si tanto me aborreces,
si yo nada consigo, pueda al menos
de tu padre el peligro enternecerte,
á quien tu amor, una palabra tuya
basta á librar de ignominiosa muerte.

Isabel. ¡Ah! ¿qué decis? ¡callad!

Fer. Solo sospechas
motivaron la orden de prenderle.
Las pruebas de su crimen, yo las tengo:
aun en mi mano estan. Tu amor me vuelve
y renuncio á entregarlas.

Isabel. (¡Oh Dios mio!
¡sostened mi valor!)

Fer. ¿Qué te detiene?
Goce en buen hora libertad y vida,
aunque en mi saña prometí perderle.

Yo cedo en mi rencor: cede en el tuyo,
y lejos de este sitio, para siempre
en sacrosantos vínculos unidos...

Isabel. ¡Calla, monstruo! ¿á decírmelo te atreves?
Si he dudado un instante, el infortunio
de mi padre infeliz bien lo merece.
Mas con vil intencion su riesgo aumentas,
que no es tan triste, á tu pesar, su suerte.

Fer. ¿Y quién podrá salvarle?

Isabel. Su justicia.

Fer. Soy su contrario yo.

Isabel. Dios le protege.

Fer. ¡Dios!

Isabel. Sí, Dios, que ampara al desdichado,
por mas que loco en tu impiedad lo niegues,
prepara un defensor á su inocencia,
y él tan solo mi amor esperar puede.
No está lejos tal vez. ¡Don Juan!

Fer. ¡Oh rabia!
Su nombre en saña y en furor me enciende.

Isabel. Y en esperanza á mí.
(*Ruido de espadas dentro.*)

Fer. ¿Qué ruido es ese?

Isabel. ¡Es su voz!

Fer. ¿De don Juan? el mismo infierno
le entrega á mi furor.

Isabel. Ó acaso atiende
mis súplicas el cielo.

Fer. ¡Hola! ¡soldados!
Dejadlo entrar, y que las armas cesen.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN, *con la espada desnuda.*

Juan. Mal hiciste en proteger
contra tus gentes mi entrada,
pues vive Dios que mi espada
basta á hacerme obedecer.

Fer. ¿Qué intenta vuestra osadía
con tan loco atrevimiento?

Juan. Ver si es tan grande tu aliento

como lo es tu alevosía.

Fer. ¿Sabe que soy por el rey
dueño de aqui?

Juan. (¡Tanta insolencia!)
Sé que oprimís la inocencia
con el nombre de la ley.

Fer. Ya mi paciencia acabó. (*Desenvainando.*)

Juan. ¿Teneis poca?

Fer. Y mal sufrida.

Juan. Lo probaré. (*Riñen.*)

Fer. Con tu vida.

Juan. Por la tuya vengo yo.

Isabel. ¡Basta! ¡apartad, caballeros!
Si lo sois, debeis saber
que agravian á una muger
desnudos vuestros aceros.
(*A don Juan.*)
Que aunque el vuestro me defiende
y castiga su insolencia,
en mi casa y mi presencia
mas que me ampara, me ofende.

Juan. Bien decís; y perdonad,
en gracia de lo arrojado,
lo poco cortés que he andado.
(*A don Fernando.*)
Salgamos de aqui.

Fer. Aguardad.
Bien conoceis que á los dos
estorbais. (*A Isabel.*)

Isabel. Marcharme quiero.
(*A don Juan.*)
En vuestro valor espero,
en mi justicia y en Dios.

ESCENA III.

DON FERNANDO. DON JUAN.

Fer. ¿Quereis á muerte lidiar?

Juan. ¿Sois vos quien tal duda tiene?

Fer. Pues entonces, nos conviene
hasta la noche aguardar.

Juan. ¿Aguardar? ¿eso decís
cuando en cólera me abraso?
Salgamos ya.

Fer. ¡Don Juan! ¡paso!
muy temerario venís.

Juan. Y vos muy prudente estais.

Fer. Con harta razon: mi gente
ha visto cómo imprudente
mi cólera provocais.
Si ven salir á los dos,
sospechar pueden acaso,
y hacer público este paso
no está bien ni en mí ni en vos.
Y ved que si mi valor
la noche aguardar procura,
es porque asi se asegura
nuestra venganza mejor.
Menos facil será asi
que nadie venga á estorbarlo.

Juan. Solo por asegurarlo
convengo. ¡Á Dios!

Fer. Por aqui
(*A la puerta de la derecha.*)
da el jardin, y á vuestro humor
podeis el sitio buscar.

Juan. Para morir ó matar
el mas cerca es el mejor.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA IV.

DON FERNANDO. *Despues* NUÑO.

Fer. ¡Morirás, viven los cielos!
Ya la fortuna me ampara,
ya contra mí se declara
favoreciendo tus celos.
Ni tu valor ni tu suerte,
nada á libertarte alcanza:
yo sé llevar mi vengaza
aun mas allá de la muerte.
¡Nuño! (*Llamando.*)—Mal sabe tu anhelo

provocando mi furor
quién es Fernando.

Nuño. ¿Señor?

Fer. Esta noche tengo un duelo
en el jardin.

Nuño. ¿Qué quereis?

Fer. Tú y otros tres prevenidos
y con armas escondidos
entre la sombra estareis.
Nadie salga temerario
hasta que la lid decida;
pero si caigo sin vida
acabad con mi contrario.
(*Vanse por el fondo.*)

ESCENA V.

DOÑA LEONOR *y* HERNANDO, *saliendo por la primera puerta de la izquierda.*

Leonor. ¿No hay nadie?

Hern. Nadie, señora:
podeis sin temor llegar.

Leonor. Hernando, tanta desgracia,
tanto y tan contínuo afan
hacen cobarde mi pecho,
y temo siempre...

Hern. Alentad,
que si Dios mi intento ayuda
don Diego se salvará.

Leonor. Si, Hernando, derrama el oro:
mis alhajas, mi caudal,
todo en tus manos lo entrego,
y mi esperanza, que es mas.
¡Ojalá que mis desvelos
logren mis culpas borrar!
Acaso viendo mi esposo
rotas sus cadenas ya,
y que mi mano le vuelve
la perdida libertad,
con menos rencor mi nombre
pueda una vez pronunciar,

si no sin aborrecerle,
sin maldecirle quizá.

Hern. ¡Oh! ¡señora...!

Leonor. ¿Mas qué digo?
Mi labio pronuncia audaz
lo que el corazon desea,
mas no se atreve á esperar.
No, no le digas, Hernando,
mi largo y continuo afan,
nada le cuentes que pueda
su odio contra mí aplacar.
Su amor, no puedo esperarlo;
su perdon, deshonra es ya,
y su desprecio es muy duro,
y la muerte vale mas.
Escítale á la venganza,
dile que si á quebrantar
no voy yo con una mano
sus cadenas, y el puñal
no le ofrezco con la otra,
es porque quiero evitar
nuevos crímenes que el monstruo
medita aqui en nuestro mal.
Y si deberes de esposa
me mandan alli volàr
para romper sus prisiones
y para morir leal,
cuidados de madre quieren
que viva y que sufra acá.
(*Pausa.*)
Dile todo aquesto, Hernando,
y no te detengas mas.

Her. Asi lo haré, y si consigo
libertarle, confiad
en su perdon.

Leonor. El del cielo
puedo tan solo esperar.

ESCENA VI.

DOÑA LEONOR, *sola.*

¡Esperanza lisonjera

que alivia mi desventura!
Solo el cielo la amargura
comprende de mi dolor.
Él solo perdon concede
á quien humilde le implora,
que alli no alcanza traidora
la falsa ley del honor.
¡Ah! ¡qué diferencia! el hombre
en su pequeñez no atiende
los ruegos del que le ofende,
y escucha á sus odios mas.
En venganza de un delito
sangre y muerte necesita.
Y á Dios, un alma contrita
basta para perdonar.
Pero, Señor, si en tí espero
para mi culpa clemencia,
con mas razon la inocencia
de mi esposo fia en tí.
Haz que de sus enemigos
las artes logren perdellos.
Pero alguien viene: son ellos.
Que no me encuentren aqui.
(*Se va por la izquierda.*)

ESCENA VII.

FORTUN *y* DON JUAN, *que salen por la derecha.*

Juan. ¿Es posible? ¿tú, Fortun,
al servicio de Fernando?
Fortun. ¡Silencio! bajad la voz,
porque pueden escucharnos.
(*Doña Leonor entreabre la puerta.*)
Leonor. (¿Don Juan aqui con Fortun?
¿qué es esto, cielos? Oigamos.)
Juan. Nada me digas, que nada
te disculpa. ¿Tú que honrado
siempre fuistes, y á quien vi
en mi niñez á mi lado,
ahora injusto favoreces
los proyectos inhumanos

de ese traidor?

Fortun. ¿Qué quereis?
Los tiempos mudan; los años
pasan, y en tanto la suerte
á unos eleva al pináculo
de la fortuna, y á otros
los hace pobres... y malos.
Vos de los primeros sois,
yo en los segundos me hallo.

Juan. ¿Y eso basta á disculparte?

Fortun. Basta al menos para el caso.
Hace poco os conocí
cuando quisisteis osado
á pesar de nuestras armas
abriros hasta aqui paso.
Procuré buscar al punto
una ocasion para hablaros,
la encuentro, y oid, que importa
lo que ahora deciros trato.

Juan. Habla: sin duda conoces
las artes con que Fernando
pierde á don Diego, y pretendes
ayudarme á libertarlo.
No te detengas.

Fortun. Dejad
para luego ese cuidado.
Ahora me importa cumplir
de vuestra madre un encargo.

Juan. ¿Tú la viste?

Fortun. En su agonía
sus palabras recogí.

Juan. ¡Oh madre del alma mia!
Su último aliento sería
consagrado para mí.
¡Callas! de tu confusion
deduzco mi desventura;
me maldijo en su afliccion:
¿por qué mi loca ambicion
abandonó su ternura?
Bien castigado quedé
de mi torpe y ciego error.
Dicha en la gloria busqué,

y nunca en su pompa hallé
la que perdí con su amor.
¿Di, jamas tristes suspiros
sus palabras desmintieron?
Alguna vez maldijeron...

Fortun. Nunca sus labios se abrieron
sino para bendeciros.
Antes bien su pecho inquieto
vuestro perdon imploraba.

Juan. ¡Mi perdon! ¿y lo dudaba?
¿De qué, Fortun?

Fortun. De un secreto
que cuidadosa guardaba.
No era vuestra madre.

Juan. ¡Cielos!
¿Quién tal se atrevió á decir?

Fortun. Ella á punto de morir
me confió sus desvelos.

Juan. Ó tú los sabes fingir.

Fortun. Yo os juro que verdad trato.

Juan. ¿Quién entonces me dió el ser?

Fortun. Eso lo podeis saber
de unas cartas y un retrato
que conservo en mi poder.

Juan. ¿Ellas lo declaran?

Fortun. Sí.

Juan. ¿Y tú la conoces?

Fortun. No.
Cerrado el pliego me dió,
y debo dároslo asi.

Juan. Obraste con hidalguía.
¿Y el pliego?

Fortun. No es culpa mia
si en vuestras manos no está.
Yo en Flandes veros creía;
pero alli no estabais ya.
Hoy logro por fin hallaros,
y mañana os lo daré.

Juan. ¿Por qué no hoy mismo?

Fortun. Porque
no creyendo aqui encontraros
en Granada lo dejé.

Juan. (¡Mañana! ¿y si la fortuna
hoy decide de mi suerte,
y en mi esperanza importuna
antes consigo la muerte
que el secreto de mi cuna?
¡Ah! morir dudando asi,
fuera infierno el paraiso.)
¿Fortun?

Fortun. ¿Qué quereis de mí?

Juan. Esas cartas es preciso
que esten á la noche aqui.

Fortun. Pero atended...

Juan. Nada creo
de cuanto me digas ya.
¡Corre! ¡vuela! mi deseo
sus alas te prestará.

Fortun. No haya mas: al punto voy.

Juan. ¡Ah! si algo á pagarte alcanza,
mi sangre y vida te doy.

(*Vanse, Fortun por el fondo y don Juan por la derecha.*)

ESCENA VIII.

DOÑA LEONOR, *sola.*

(*Abre cuidadosamente la puerta. Sus miradas, fijas en el punto por donde ha desaparecido don Juan, manifiestan la mayor ansiedad, y despues de decir los dos versos siguientes, cae arrodillada, y mirando con alegría al cielo.*)

¡Sombra, ilusion ó esperanza,
dime si soñando estoy!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Un jardin.—Noche oscura durante las tres primeras escenas: despues la luna iluminará el teatro.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO, *embozado.* HERNANDO.

Hern. ¿Eso quereis?
Diego. Eso quiero,
Hernando, y eso ha de ser.
Hern. Pero señor, cuando gracias
á mis artes, y tambien
al oro, que tanto puede,
libre de prision os veis,
no es cuerdo venir aqui,
donde arriesgais otra vez
vida y libertad.
Diego. ¿Qué importa
entrambas cosas perder,
si cobro mi honor, que es mas,
y perdido está tambien?
Hern. Escuchadme...
Diego. Nada escucho
de cuanto me digas fiel,
que con razon cada uno
cumple aqui como quién es.
Tú me aconsejas leal,
yo honrado me vengaré;

y vive Dios que ya tardo
sobrado tiempo.

Hern. Atended
al menos, que á mi señora
vuestra libertad debeis.

Diego. Confuso me tiene, Hernando,
tan estraño proceder:
¿quien me agravia me socorre?
¿quien me deshonró cruel
rompe luego generosa
de mi prision la estrechez?
¿ella desata las manos
que su sangre han de verter?
¿tal maldad y tal nobleza
contiene un pecho á la vez?
Por Dios que he de averiguar
cosa tan estraña á fé.
Tú, Hernando, la avisarás
de que aqui la intento ver
para escuchar sus disculpas.

Hern. Obedeceros es ley.

ESCENA II.

DON DIEGO, *solo.*

¡Noche, amiga del dolor,
que en tu silencio profundo
envolviendo en sombra al mundo
ocultas mi deshonor!
Aumenta, aumenta tu horror,
dobla pliegues á tu velo,
cubre las luces del cielo,
porque á su lumbre traidora
la infamia que me desdora
no se perciba en el suelo.
Ó al menos, ¡ay! recatado
pueda á tu sombra quejarme
de la traicion que humillarme,
sin ser yo parte, ha logrado.
¡Tal es el rigor del hado!
Ley de honor injusta y loca,

¿por qué tu furia provoca
contra mí solo el baldon,
y siendo de otro el baldon
á mí la vergüenza toca?
Pero ¡ay! que tambien la queja
proscribe ley tan tirana,
y en suerte tan inhumana
solo venganza aconseja.
Mas ni ese consuelo deja
el destino á mi dolor:
burlándose de mi honor,
vengarle en vano he querido.
En campo está el ofendido,
pero ¿dónde el ofensor?

ESCENA III.

DON DIEGO. FORTUN, *que sale apresuradamente por el fondo con unos papeles en la mano.*

Fortun. Este es el sitio en que dijo
me esperaria.
Diego. ¿Quién va?
Fortun. ¿Sois don Juan acaso?
Diego. Sí.
(Fuerza es mi nombre ocultar,
pues vengarme necesito.)
Fortun. En ese caso, tomad.
Aquestas las cartas son
que vuestra cuna os dirán,
y este el retrato.
Diego. ¿Qué es esto?
Fortun. Él sin duda os mostrará
vuestra verdadera madre.
Diego. Pero...
Fortun. No puedo esperar
aqui mas tiempo: tal vez
escuchándonos estan,
pues he visto ahora á don Felix
entre la sombra pasar.
Diego. ¿Dónde? (*Con interes.*)
Fortun. Allí enfrente.

Diego. ¡Oh!
Fortun. ¡Silencio!
Prudencia y disimulad.

ESCENA IV.

DON DIEGO, *solo.*

¿Qué nueva aventura es esta,
cielos, y qué nuevo arcano?
¿Don Juan una madre encuentra?
Si yo pudiera el retrato
examinar con la luna...
tal vez... — ¡Qué miro! ¿es engaño?
¿Es ilusion de mi mente,
ó de mi honor sobresalto?
Mas no... ¡no hay duda! ¡ella es!
¡aqui patentes sus rasgos
estan! ¡Sí! ¡Leonor! ¡Oh cielos!
Do quier encuentro mi agravio.
¡Qué horror! do quiera mi afrenta
su enormidad aumentando
me recuerda á cada instante
que ya á la venganza tardo.
¡Ah! y estas cartas sin duda
confirmarán el retrato.
(*Abriéndolas.*)
¡Oh rabia! aqui, *Leonor* dice:
y aqui, *¡Felix!* — ¡Cielo santo!
Nombres son de maldicion
contra mi honor conjurados.
(*Pausa.*)
Pero ya ¿qué me detiene?
¿Quien me revela este agravio
no me ha dicho que el traidor
á este sitio está cercano?
Sí; pues pronto á la venganza
corramos, honor, corramos.
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA V.

DON FERNANDO *y* NUÑO, *que salen por la izquierda y se detienen rápidamente.*

Fer. ¿Has visto un hombre pasar?
Nuño. Nada en el jardin se ve.
Fer. ¡Qué! ¿dos veces me engañé?
No sé en esto qué pensar.
Nuño. ¿El sitio...?
Fer. No dijo dónde;
pero ha de ser por aqui.
¿Trajiste la gente?
Nuño. Sí:
(*Señalando á la izquierda.*)
aquella sombra la esconde.
Fer. ¿Es segura?
Nuño. Y de valor.
No temais falte en el paso.
Fer. (Ya en impaciencia me abraso.)
Retirate.
Nuño. A Dios, señor.

ESCENA VI.

DON FERNANDO, *solo.*

No sé qué dudo y qué temo,
ni lo que me sobresalta.
¿Es valor lo que me falta
en tan peligroso estremo?
¿O es esta inquietud confusa
que agita mi corazon
el grito de la razon
que mi proceder acusa?
¡Remordimientos! si fuera
mi alma capaz de abrigarlos,
yo, para despedazarlos,
arrancármela supiera.
Pero acallarlos sabré,
y aunque la paz me rehusen,
cuando de un crimen me acusen

otro crimen les daré.
Y veremos, ¡vive Dios!
ellos siempre en su agonía
y yo siempre en mi porfía,
quién se cansa de los dos.
Puesto que hoy contra mi amor
su voz quiere alzarse fuerte,
llegue don Juan: con su muerte
responderé á ese clamor.
Y en verdad que mucho tarda,
ó es poco mi sufrimiento:
pero no; sus pasos siento.
¡Corazon! ¿qué te acobarda?

ESCENA VII.

DOÑA LEONOR, *saliendo por la derecha.* DON FERNANDO.

Leonor. ¡Don Diego! ¡esposo! ¡señor...!
¿Es cierto que libre estais?
(*Le reconoce.*) ¡Ah!
Fer. ¿Qué es esto? ¿qué buscais
en este sitio, Leonor?
Leonor. (¡Oh Dios mio! ¡si sabrá...!)
Fer. ¡Teneis el rostro turbado,
y á don Diego habeis nombrado
diciendo que libre está!
¡Qué sospechas...! ¡Leonor!
¿A quién buscais?
Leonor. (¡Ay de mí!)
Fer. ¿Mas por qué temblais asi?
Leonor. Fue un instante de temor;
de mi ilusion un engaño.
Creí ver allá á lo lejos
de la luna á los reflejos
pasar un hombre.
Fern. ¡Es estraño!
Yo tambien como ahora vos
le vi pasar. ¿Qué teneis?
Leonor. ¡Nada! ¡nada!
Fer. Si quereis,
(*Con intencion.*)
le buscaremos los dos.

Leonor. No: ¡es inútil...! ¿para qué?
necia en asustarme soy.
¡No era nada... nada! estoy
cierta de que me engañé.
Fer. Con todo...
Leonor. (¡Cielos, valor!)
Dejemos esa porfía.
Hablar contigo queria.
Fer. ¿De qué?
Leonor. De tu antiguo amor.
Fer. ¿De veras?
Leonor. Hay sentimientos
que en vano cubrirse intentan,
y callados alimentan
en el alma mil tormentos.
Yo necia, odiarte pensé
cuando otra vez llegué á verte,
y juzgando aborrecerte
á mí misma me engañé.
Viéndote en otros desvelos
inquieta el alma sentí,
y yo insensata creí
odio lo que fueron celos.
Sí, sí... ya mi corazon
tierno para tí suspira.
(¡Mentira, cielos, mentira!)
¡Ah! ¡ten de mí compasion!
¿Nada en tu pecho quedó
del amor que le abrasaba?
¿Qué, no me escuchas?
Fer. Pensaba
en el hombre que pasó.
Leonor. Deja tan vana ilusion,
piensa en lo que me has querido,
en mi amor.
Fer. ¿No habeis oido?
Leonor. (¡Cielos!) ¡No!
Fer. Sus pasos son.
Leonor. ¿Por qué atormentarte así?
Fer. ¡Silencio! ¿oís, Leonor?
¿me engañaba?
Leonor. Ese rumor...

Vámonos pronto de aqui.
Tal vez alguno pretende
nuestra ventura turbar.
(*Se ve atravesar á don Diego por el fondo.*)

Diego. ¡Que no le llegue á encontrar!
Fer. ¡Él es!
Leonor. ¡Su furor le vende!
Fer. ¡Bien lo sospechaba yo!
¡Vos le librásteis, señora!
Su muerte vereis ahora,
y mi venganza.
(*Quiere seguir á don Diego.*)
Leonor. ¡Eso no!
mi vida basta á guardarle.
Fer. Y mi furor á perderle.
Leonor. ¡Infame! ¡no has de ofenderle!
Fer. ¡Vive Dios que he de matarle!
(*Vase por donde se fue don Diego.*)
Dentro. ¡Nuño, aqui!
Leonor. ¡Suerte cruel!
¡Corramos, amor, corramos!
Si su vida no salvamos,
moriré al menos con él.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN *y* FORTUN, *que salen por la derecha.*

Juan. ¿Aqui le viste?
Fortun. Aqui.
Juan. ¡Suerte traidora!
¿Las cartas le entregaste?
Fortun. Y el retrato.
Juan. ¡Villano!
Fortun. Perdonad; pero la hora,
el sitio, y una noche tan oscura,
pudieron engañarme.
Juan. ¡Error funesto
que por siempre me robó mi ventura!
Fortun. ¡Escuchadme, señor! en este punto
quedó, y aun del jardin no habrá salido.

Juan. ¡Ah! sí, busquémosle, que aunque escondido
el infierno le tenga, he de encontrarle.
Sígueme.
(*Suena dentro ruido de armas.*)

Fortun. ¿Oís, señor?

Juan. ¡Una pendencia!
¿Quién puede ser aquí?

Leonor. (*Dentro.*) ¡Tente, inhumano!

Juan. ¡La voz de una muger!

Fortun. Ya mas cercano
se percibe el rumor de los aceros.

Juan. ¡Acudamos, Fortun! tal vez intente
mi enemigo escapar.

Fortun. Señor, detente.
Alguien viene.

ESCENA IX.

DICHOS. DOÑA LEONOR, *por la izquierda.*

Juan. ¡Leonor!

Leonor. ¡Dios soberano!
Socorro, por piedad.
(*Viendo á don Juan.*)
¡Don Juan! ¡oh suerte!
¡Corred, señor, corred! ¡son los traidores!
es mi esposo... ¿lo oís? quieren matarle.

Juan. ¿Mas cómo?

Leonor. Acudid luego á libertarle.

Diego. (*Dentro.*) ¡Gente escondias para darme muerte,
villano!

Leonor. ¡Ay! ¡es su voz!

Juan. De sus furores
yo sabré libertarlo.

Fortun. Y yo su intento
ayudaré llamando á vuestra gente.
(*Llamando.*)
¡Ha de la Quinta!
(*A Leonor.*)
Sosegad, señora.

Leonor. ¡Ah! ¡protege su vida, Dios clemente!

Fer. (*Dentro.*)
¡Ay de mí! ¡muerto soy!
Leonor. ¡Oh Dios! ¡qué acento!
(*Cesa el rumor.*)
Fortun. Don Fernando tal vez.
Leonor. Y ya el ruido
de las armas cesó. ¡Calma terrible!
Nadie acude.
Fortun. Mis voces han oido,
y aqui se acercan ya.
Leonor. Tal vez es tarde.

ESCENA X.

DICHOS. DOÑA ISABEL. HERNANDO. *Criados con armas y pages con luces.*

Isabel. ¡Madre!
(*Corriendo adonde está doña Leonor.*)
Leonor. ¡Hija mia! ¡le asesinan!
Isabel. ¿Dónde?
Leonor. ¡Alli!
(*Señalando á la izquierda.*)
Hern. Seguidme todos.

ESCENA XI.

DICHOS. DON DIEGO, *herido y apoyado en don Juan.*

Leonor. ¡Oh! ¡Dios mio!
no es tiempo ya.
Isabel. ¡Mi padre!
Leonor. Socorredle.
Diego. ¡Dejad...! en vano es ya vuestro cuidado.
Cortos instantes á mi vida quedan;
pero muero contento: estoy vengado.
Juan. ¡Oh dolor! ¡qué mi espada no llegara
á tiempo de evitar tan grave daño!
Diego. El cielo es justo, conde, y nadie alcanza
á penetrar su intento soberano.
Dejando á mis furores la venganza
un parricidio evité á vuestra mano.

Juan. ¡Mi padre!

Leonor. No; con ávida esperanza
cuando cruzaba el golfo mejicano
vuestro padre murió; pero ese hombre,
su amigo desleal, tomó su nombre.

Diego. ¡Si murió, le perdono! y ya que airado
la vida no arranqué de vuestro padre,
ya solo corresponde á mi cuidado
volveros á los brazos de una madre.
(*Dándole cartas y retrato.*)
¡Miradla! ¡ahi la teneis!

Juan. ¡Oh Dios! ¡las cartas!
¡y el retrato tambien! ¡qué miro!

Leonor. ¡Cielos!
¡Él es! ¡él es! ¡el hijo de mi vida!

Juan. ¡Madre!

Leonor. ¡Hijo mio!

(*Va á abrazarle, pero se detiene mirando á don Diego, y dando un grito de dolor cae de rodillas á sus pies.*)
¡Ah! ¡perdon, perdon!

Isabel. ¡Mi hermano!

Juan. ¡Señor!

Diego. ¡Alzad! ¡la tumba no condena
vuestra traicion! ¡la muerte es el olvido!
Si de alguien fuí ultrajado, ya rendido
y muerto queda el que manchó mi fama...
ya mi deuda cumplí de caballero.—
Ahora que á sí la eternidad me llama...
como cristiano... perdonando... muero.—

(*Espira.—Doña Isabel, don Juan y doña Leonor, caen arrodillados á sus pies.*)

FIN DEL DRAMA.